

EPÍLOGO

El día 9 de mayo

El 9 de mayo de 1774, á las ocho de la noche, presentaba Versalles el más curioso é interesante espectáculo.

Desde el primer día del mes, atacado el rey Luis XV de una enfermedad terrible cuya gravedad no se atrevían á confesarle los médicos, guardaba cama y empezaba ya á buscar con la vista en torno suyo la verdad ó la esperanza.

El médico Bordeu había notado en el rey unas virtudes de las más malignas, y La Martiniere, otro médico, que había hecho la misma observación que su cólega, opinaba que debía decirse al rey, á fin de que, como monarca y como cristiano, tomase espiritual y materialmente medidas para la salvación de su alma y la del reino.

— El rey cristianísimo, decía, debe pedir que le administren la Extremaunción.

La Martiniere representaba el partido del Delfín, es decir, la oposición; Bordeu pretendía que la simple manifestación de la gravedad de su mal, bastaba para matarle, y que él por su parte retrocedía ante un regicidio.

Bordeu representaba el partido de la Dubarry.

En efecto, llamar la religión á la cámara del rey, era expulsar á la favorita, pues cuando Dios entra por

una puerta, es preciso que Satanás salga por la otra.

Durante las divisiones intestinas de la Facultad de Medicina, de la familia real y los partidos, la enfermedad tomaba posesión á sus anchuras de aquel cuerpo envejecido, gastado y arruinado por los desórdenes, y se fortificaba en él de tal suerte, que no pudieron desalojarla los remedios ni las recetas.

Desde los primeros síntomas del mal, causado por una infidelidad de Luis XV, á la que ayudó la Dubarry con complacencia, el rey vió reunirse al pie de su lecho á sus dos hijas, la favorita y los cortesanos que estaban más en su gracia; pero aun estaban todos risueños y se ayudaban recíprocamente.

De repente apareció en Versalles la figura austera y fatídica de madama Luisa de Francia, que abandonaba su celda de San Dionisio para ir también á consolar y cuidar á su padre.

Entró en la cámara pálida y sombría como una estatua de la Fatalidad; no ya como una hija que va á ver á su padre, como una hermana que va á abrazar á sus hermanas, sino como las profetisas antiguas, que en los días lúgubres de la adversidad, iban á gritar á los reyes deslumbrados: « ¡ Infeliz de ti ! ¡ infeliz de ti ! »

Apareció en Versalles en el momento en que Luis besaba las manos á la Dubarry, que ésta aplicaba cariñosamente ora sobre su frente pálida, ora sobre sus inflamadas mejillas.

Al verla todos huyeron; sus hermanas se refugiaron temblando en el cuarto contiguo, la Dubarry dobló la rodilla y corrió á su aposento, los cortesanos privilegiados retrocedieron hasta las antesalas, y sólo los dos médicos permanecieron al lado de la chimenea.

— ¡ Mi hija ! murmuró el rey abriendo los ojos que el dolor y la calentura le obligaban á tener cerrados.

— Sí, ¡ vuestra hija, señor ! dijo la princesa.

— Que viene...

— ¡ De parte de Dios !

El rey se incorporó procurando sonreirse.

— Porque vos os olvidáis de Dios, prosiguió madama Luisa.

— ¿ Yo ?

— Y quiero recordároslo.

— Hija mía, creo que no estoy tan cercano á la muerte, que sea urgente una exhortación. Mi enfermedad es leve; no es más que un constipado, una inflamación.

— Vuestra enfermedad, señor, interrumpió la princesa, es de aquellas que, según la etiqueta, deben reunir á la cabecera de la cama de V. M. á los grandes prelados del reino. Cuando un individuo de la familia real tiene las viruelas, debe administrársele al momento.

— ¡ Madama ! exclamó el rey muy agitado y pálido, ¿ qué es lo que me decís ?

— ¡ Señora ! exclamaron también los médicos aterrados.

— Digo, prosiguió la princesa, que V. M. tiene las viruelas.

El rey lanzó un grito.

— Los médicos no dicen eso, replicó.

— Porque no se atreven; pero yo veo para V. M. otro reino mejor que el de Francia. Acercaos á Dios, señor, y examinad toda vuestra vida pasada.

— ¡ Las viruelas ! murmuraba Luis XV. ¡ Una enfermedad mortal !... ¡ Borden !... ¡ La Martiniere !... ¿ es cierto ?

Los dos médicos bajaron la cabeza.

— ¡ Entonces estoy perdido ! exclamó el rey más espantado que nunca.

— Señor, puede uno sanar de todas las enfermedades, dijo Borden tomando la iniciativa, especialmente cuando el enfermo conserva la tranquilidad de espíritu.

— Dios da tranquilidad al espíritu y salud al cuerpo, respondió la princesa.

— Señora, dijo Borden con osadía aunque en voz baja, ¡ estáis matando al rey !

La princesa no se dignó contestar; se acercó al enfermo, y cogiéndole la mano, se la llenó de besos, diciéndole :

— Señor, divorciaos de lo pasado, y dad buen ejemplo á vuestros pueblos. Como nadie os advertía la gravedad del caso, corria el peligro de perderos por toda una eternidad; pero ahora prometedme que viviréis como cristiano, si vivís, y que moriréis también como cristiano si Dios os llama á su presencia.

Así que concluyó estas palabras, volvió á besar la regia mano, y se dirigió á paso lento á las antecámaras. Allí se echó su velo negro, bajó con solemnidad los escalones y subió á su carroza, dejando tras sí un asombro, un espanto de que nadie podría dar una idea.

El rey sólo recobró el ánimo á fuerza de preguntar á los médicos; pero estaba herido de muerte.

— No quiero, dijo, se renueven las escenas que tuvieron lugar en Metz con la duquesa de Chateauroux: que llamen á la señora de Aiguillon y que tenga la bondad de llevar á Rueil á la señora Dubarry.

Esta orden fué una explosión. Borden quiso decir algunas palabras; pero el rey le impuso silencio; además veía que su compañero estaba dispuesto á referirle todo al Delfin, sabía cuál iba á ser el resultado de la enfermedad del rey, y sin luchar más tiempo dejó la regia cámara para noticiar á la Dubarry el golpe que iba á recibir.

Espantada la condesa al ver el aspecto siniestro é

insultante que presentaban ya todos los rostros, se apresuró á desaparecer, y al cabo de una hora estaba ya fuera de Versalles, conduciéndola la duquesa de Aiguillon, amiga tan fiel como agradecida, al castillo de Rueil, que le pertenecía por habérselo dejado en herencia el gran Richelieu.

Bordeu, por su parte, cerró la puerta del rey á toda la familia real, so pretexto de contagio, y desde entonces Luis XV quedó amurallado en su cámara, donde sólo debían entrar la religión y la muerte.

Aquel mismo día fué administrado el rey, y esta noticia se esparció por París, en cuya población se sabía ya por todos la desgracia de la favorita.

Toda la corte fué á visitar al Delfín; pero éste cerró su puerta y á nadie recibió.

Entretanto, al día siguiente se sintió mejor el rey y envió al duque de Aiguillon á que felicitase á la Dubarry.

Aquel día era el 9 de mayo de 1774.

La corte desertó al saberlo del pabellón del Delfín y se trasladó á Rueil, donde vivía la favorita, no habiéndose visto desde el destierro del señor de Choiseul á Chanteloup una fila tan grande de carrozas.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas.

¿ Vivirá el rey y la Dubarry seguirá siendo reina ?

¿ Ó bien morirá aquél y ésta no será más que una cortesana execrable y cubierta de vergüenza ?

He aquí porqué presentaba Versalles el día 9 de mayo de 1774 á las ocho de la noche un espectáculo tan curioso como interesante.

En la plaza de armas, delante de palacio, formáronse algunos grupos benévolos y ansiosos de adquirir noticias.

Componían aquellos grupos habitantes de la clase média de Versalles y París, que con toda la política

imaginable preguntaban cómo estaba el rey á los guardias de corps que se paseaban en silencio y con las manos á la espalda por el patio de honor.

Poco á poco fuéronse dispersando aquellos grupos : los vecinos de París tomaron asiento en los pataches para dirigirse tranquilamente á sus casas, y los habitantes de Versalles, en la seguridad de que ellos serían los primeros que supiesen cualquier noticia, se volvieron también á sus domicilios.

Sólo quedaron en la población unas cuantas patrullas que hacían el servicio con alguna más flojedad que de costumbre, y ese mundo gigantesco, llamado palacio de Versalles, fué sepultándose poco á poco en las sombras y el silencio como el mundo algo más grande en que esta encerrado.

En el ángulo de la calle cercada de árboles que hace frente al palacio, estaba sentado aquella noche en un banco de piedra bajo las ya frondosas ramas de los castaños de Indias un hombre de edad avanzada, con el rostro vuelto hacia el noble edificio, y apoyadas las manos en su bastón, sobre cuyo puño descansaba su cabeza pensativa y poética.

Sin embargo, era un anciano encorvado y achacoso; pero cuyos ojos despedían brillo todavía, y cuyo pensamiento brillaba mucho más que sus ojos.

Abismado en su contemplación y sus suspiros no vió al otro extremo del mismo sitio otro personaje que, después de mirar con curiosidad á las verjas y preguntar á los guardias de corps, atravesó diagonalmente la explanada y se dirigió al banco con intención de sentarse en él á descansar.

Aquel personaje era un hombre joven, de juanetes abultados, frente hundida, nariz aguileña y torcida y risa sardónica; como que, sin dejar de andar, se reía,

aunque estaba solo, acompañando con su risa algún oculto pensamiento.

Quando estuvo á tres pasos del banco vió al anciano y se apartó, aunque tratando de conocerle con su mirar oblicuo; sólo que temía no fuese interpretada como deseaba su mirada.

— ¿Estáis tomando el fresco? dijo acercándose de pronto.

El anciano levantó la cabeza.

— ¡Toma! exclamó el joven; pues si es mi ilustre maestro.

— Y vos, mi joven cirujano, dijo el viejo.

— ¿Me permitís que me sienta á vuestro lado?

— Con mucho gusto.

Y el anciano hizo sitio al recién venido.

— Parece que el rey está mejor, y eso los tiene alegres, dijo el joven soltando una carcajada.

El anciano no respondió.

— Todo el día, siguió diciendo el joven, han corrido las carrozas de París á Rueil y de Rueil á Versailles, porque en cuanto se restablezca el rey se casa con la Dubarry.

Y terminó su frase con una carcajada más estrepitosa que la primera.

Tampoco respondió el anciano.

— Dispensadme el que me ría de este modo, dijo el joven con un movimiento de agitación nerviosa; todo buen francés quiere bien á su rey, y como está mejor.....

— No os chanceéis así sobre este particular, caballero, dijo el anciano con dulzura, porque si es una desgracia para algunos la muerte de un hombre, muchas veces es un gran infortunio para todos el fallecimiento de un rey.

— ¿Y el de Luis XV también? interrumpió el joven

con ironía. ¡Oh! querido maestro, vos que sois un filósofo tan grande, ¿sostenéis una tesis como esa?... Ya sé lo hábil y enérgico que sois en materia de paradojas; pero lo que es esta no os la perdono.

El anciano movió la cabeza.

— Por otra parte, añadió el joven, ¿quién piensa en la muerte del rey? ¿Quién habla de tal cosa? Tiene las viruelas: ya sabemos lo que es eso; además, para eso están á su lado Bordeu y La Martiniere que son hombres que lo entienden... Apuesto, mi querido maestro, á que Luis, el Muy Amado, escapa de esta; sólo que el pueblo no se agolpa á las iglesias como cuando la primera enfermedad para hacer novenas... ¡Ya se ve, como todo se gasta!...

— ¡Silencio! dijo el anciano estremeciéndose, ¡silencio! y no habléis así de un hombre sobre quien Dios extiende en este momento su dedo.....

Sorprendido el joven con aquel lenguaje extraño, miró de soslayo á su interlocutor, quien no apartaba la vista de la fachada de palacio.

— ¿Conque tenéis noticias más positivas? preguntó.

— Mirad, dijo el anciano señalando con el dedo una ventana de palacio; ¿qué veis allí?

— Una ventana alumbrada... ¿no es eso?

— Sí... pero ¿cómo está alumbrada?

— Por una bujía puesta en un farolillo.

— Eso es.

— ¿Y qué?

— ¿Y qué? ¿Sabéis, joven, lo que representa la llama de esa bujía?

— No, señor.

— Pues representa la vida del rey.

El joven miró más fijamente al anciano como para cerciorarse de que estaba en su cabal juicio.....

— Mi amigo el señor de Jussieu, prosiguió el

anciano, ha colocado esa bujía que estará ardiendo mientras viva el rey.

— ¿Entonces es una señal?

— Sí, una señal que el sucesor de Luis XV está devorando con la vista detrás de alguna cortina. Esa señal, que advertirá á los ambiciosos el momento en que principie su reinado, al pobre filósofo como yo le advierte el momento en que Dios barre con su soplo un siglo y una existencia.

El joven se estremeció á su vez y se acercó á su interlocutor.

— ¡Oh! dijo el anciano, mirad bien esta noche, joven; ved cuántas nubes y tempestades entraña... sin duda veré la aurora que va á suceder á esta noche, porque no soy tan viejo que no pueda ver el día de mañana; pero quizá va á principiar un reinado que vos veréis hasta el fin, y que, como esta noche, entraña misterios que yo no veré... Así, no carece de interés para mí la trémula luz de esa bujía cuyo sentido acabo de explicaros.

— Es verdad, murmuró el joven, es verdad, maestro,

— Luis XV, prosiguió el anciano, ha reinado setenta y tres años, ¿cuánto reinará Luis XVI?

— ¡Ah! exclamó el joven señalando con el dedo la ventana que acababa de sepultarse en las tinieblas.

— ¡El rey ha muerto! exclamó el anciano levantándose con una especie de espanto.

Y ambos quedaron en silencio durante algunos minutos.

De súbito salió al galope del patio de palacio una carroza tirada por ocho caballos, y precedida de dos picadores con hachones en la mano.

En aquella carroza iban el Delfín, María Antonieta y madama Isabel, hermana del rey.

La luz de los hachones iluminaba siniestramente

sus pálidos rostros, y la carroza pasó á diez pasos del banco donde estaban los dos hombres.

— ¡Viva Luis XVI! ¡Viva la reina! gritó el joven con estridente voz, como si insultase á aquella nueva Majestad en vez de saludarla.

El Delfín saludó, la reina mostró su semblante triste y severo, y desapareció la carroza.

— Mi querido señor Rousseau, dijo entonces el joven, ¡ya tenemos viuda á la Dubarry!

— Y mañana será desterrada, dijo el anciano: Adiós, señor Marat.

FIN DEL TOMO SEXTO Y ÚLTIMO